

GALERÍA DE IMPRESCINDIBLES

MANUEL HIDALGO



El escritor portugués José María Eça de Queirós, en una imagen de 1882. / BIBLIOTECA NACIONAL DE PORTUGAL

JOSÉ M. EÇA DE QUEIRÓS

Edición de 'La correspondencia de Fradique Mendes'

Un realista con humor

Encontré, por vez primera, al tal Fradique Mendes, poeta satánico, en *El misterio de la carretera de Sintra*, catalogado entonces como «filósofo de bulevar» en ejercicio en París. José María Eça de Queirós ya había publicado con anterioridad unos pocos versos atribuidos a tal sujeto, pero será en esa entretenidísima novela de crímenes y aventuras donde, mano a mano con su devoto amigo Ramalho Ortigao, consumará su invención dentro de otra invención.

Porque, en efecto, *El misterio de la carretera de Sintra* comenzó a publicarse en el verano de 1870 en *Diario de Noticias* en forma de cartas enviadas al periódico por un anónimo Doctor X, que daban cuenta de un extraño suceso. Los lectores se engancharon al relato por entregas con aspecto de crónica de un suceso veraz y sólo al final supieron que todo era un invento de dos jóvenes escritores que, por cierto, las pasaron canutas porque comenzaron su juego sin saber cómo continuaría y lo prosiguieron sudando tinta, pues cada uno estaba viviendo, aquel verano, en una ciudad distinta.

Carmen Martín Gaité hizo la traducción y el prólogo de aquella edición de la inolvidable Nostromo, que pilotó Mauricio D'Ors y que publicó cosas bien raras de Rafael Sánchez Ferlosio, José Bergamín y Agustín García-Calvo.

José María Eça de Queirós (1845-1900) tenía 25 años cuando aquello y era abogado por la Universidad de Coimbra. Hijo natural de un magistrado, fue registrado en su nacimiento como de madre desconocida y, aunque sus padres se casaron poco después, pasó su infancia con sus abuelos paternos.

Se dedicaba al Derecho y al periodismo –como siempre hizo– cuando debutó como novelista de la manera ya referida, poco después de hacer un viaje a Egipto –al Canal de Suez– en compañía de su amigo el Conde de

Resende, título de gran abolengo en Portugal.

A ese viaje le sacó mucha sustancia en sus libros –en *La correspondencia de Fradique Mendes*, sin ir más lejos–, e incluso acabó casándose después –mucho después– con Emilia, hermana del susodicho conde.

Otros viajes por Canadá, Estados Unidos y Centroamérica, así como sus estancias profesionales como cónsul en La Habana, Inglaterra –Newcastle y Bristol– y, definitivamente, París, cimentaron su fama de cosmopolita, que no hubiera sido nada sin su refrendo en los libros, libros en los que está presente siempre su agitada y agitadora preocupación por un Portugal perdido y otro por hacer y la tensión con la importación de otros modelos culturales y de país. Ahí ya se sabe que los portugueses tienden a di-

DOS DELANTE

► **COEN 1.** Difícil entender cómo alguien puede reírse con *Quemar después de leer*. El punto de partida, el concepto, es gracioso. Pero un concepto no divierte si su desarrollo está, entre estilizado y pormenorizado –tremenda contradicción–, llevado a la mera abstracción, casi vaciado de realidad. Otra vez, en los *Coen*, el estilo, muy por encima del contenido.

► **COEN 2.** El aburrimiento que me propinó esta película aumenta mi recelo hacia los hermanos. Cada año que pasa me quedo con menos películas suyas. Ahora sólo guardo en mi memoria *Sangre fácil* y *Fargo*. *Barton Fink* resiste, pero corre peligro. Y es que, la verdad, son unos dotados manieristas y poco más. Preferiría hacer amigos, pero...

vidirse entre el amor por Inglaterra –Queirós la odiaba– o por Francia.

España –pasión minoritaria entre iberistas– no suele contar entre los intelectuales portugueses. En una de sus cartas dice Fradique que «el *Romancero*, el *Quijote*, alguna de las novelas picarescas, 20 páginas de Quevedo, dos comedias de Lope de Vega y alguna que otra de Galdós, es todo cuanto hay que leer en la literatura de España», comentario injusto y rancano que no impidió –faltaría más– que Valle-Inclán tradujera a Queirós y que Unamuno, Pérez de Ayala y la Pardo Bazán –novia de Galdós, eso sí– le tuvieran en gran estima.

Y no es para menos. Practicante del relato realista de largo aliento, Eça de Queirós está, para muchos, a la altura de Flaubert y de Zola –a quien visitó en París–, y nadie podrá decir que no

Eça de Queirós está, para muchos, a la altura de Flaubert y de Zola, y nadie podrá decir que no nos ha legado, al menos, cuatro obras maestras

Este hombre casi perfecto que es Fradique, además de contarnos sus andanzas, opina sobre casi todo con ideas de insólita vigencia y actualidad más de un siglo después

nos ha legado, al menos, cuatro obras maestras: *El crimen del padre Amaro* (1875) –hace poco revitalizada por el cine–; *El primo Basilio* (1878) –folletón carne de televisión–; *Los Mayas* (1888) –la indiscutible– y *La ilustre casa de Ramires* (1897), historias, por lo general, ligadas a sagas o núcleos familiares en decadencia.

Pero habría voces protestonas que, con razón, no querían olvidar las excelencias de *El mandarín* (1880), *La ciudad y las sierras* (1901, póstuma) y la delirante *La reliquia* (1887), que dejó para el final porque es la obra que analiza Harold Bloom en su biblia *Genios* y que permite afirmar al ilustre y odiado crítico norteamericano que Eça de Queirós es uno de los más grandes, una imprevista aleación de Voltaire y Stevenson.

No es que se oiga nombrar aquí mucho a Eça de Queirós en las conversaciones, pero no hay duda de que una de esas célebres *minorías mayoritarias* lo conoce muy bien y se regocija con sus libros, profusamente editados –diría que sin excepción– en nuestro país y, para mayor abundamiento, en varios de nuestros idiomas oficiales.

Como será la cosa que *La correspondencia de Fradique Mendes* –que he elegido hoy como pretexto– ha sido editada este año por dos sellos distintos, Ediciones del Viento y Mondadori.

Fradique Mendes nunca existió. Es un personaje inventado por Queirós y sus amigos, digo yo que para divertirse reuniendo lo mejor y lo peor de sí mismos, de sus virtudes y miserias reales y de sus grandes deseos. A través de Mendes y sus supuestas cartas aparecen, otra vez, las críticas preocupaciones del autor y sus adláteres respecto a Portugal. Pero el libro es muchísimo más.

No sólo está escrito con la prosa brillante, minuciosa y, por momentos, fulgurante de imágenes y hallazgos de Queirós, sino que contiene algunas de las mejores muestras de su corrosivo humor. Ese hombre casi perfecto –culto, apuesto, seductor, deportista, viajero, sabio, carnal y espiritual– que es Fradique, además de contarnos sus andanzas, opina sobre casi todo con ideas, dicho sea de paso, de insólita vigencia y actualidad más de un siglo después.

El amor y la mujer; Dios, las religiones –el budismo también– y los curas, Oriente y Occidente; la literatura –por supuesto– y la lengua; la política, los dirigentes ineptos y los ciudadanos mostrencos; el progreso, la ciencia y la razón, pocas cuestiones cruciales se escapan al afilado y refinado estilete de Queirós. Y, como colofón, una de las más ácidas y pertinentes invectivas contra el periodismo que jamás se han escrito.

Eça de Queirós murió en París, en 1900, por causa de una tuberculosis que, como es usual, arrastraba.

CANCIÓN

Albert Pla

El sátiro anda suelto

Albert Pla

Intérpretes: Albert Pla (guitarra, voz). / Escenario: Círculo de Bellas Artes. / Fechas: 2-12 de octubre. Calificación: ★★★

MAURILIO DE MIGUEL

MADRID.– Al mal tiempo, buena cara... La imaginación siempre traigo consigo, en tiempos de crisis, la mejor tramoya para el juglar. Un oficio, el suyo, que nació paralelo al del comediante correcaminos... Bastarían estas acotaciones para ponderar los 10 días que Albert Pla acampó en el Círculo de Bellas Artes madrileño para explicar su poder de convocatoria. Un poder que le ha llevado a contar sus veladas por éxitos de taquilla, colgando el cartel de «aforo completo», hasta el pasado domingo.

Sin embargo, Albert Pla no pertenece a ningún club de la comedia reconocida. Lo suyo va más allá del pellizco iconoclasta, atendiendo a la deconstrucción de canciones que dan la espalda a cualquier credencial de juglar al uso. Y, a la hora de las dramatizaciones, el exabrupto se queda corto para explicar sus dotes políticas de actor, la intencionalidad inocente y perversa, a un tiempo que explica sus textos, no pocos escatológicos.

El público que acudía al reclamo de Pla, hasta la fecha, se sentía seguro en sus butacas, dado que el animal de escenario catalán no solía traspasar los límites de proscenio en sus interpretaciones e interpelaciones. Pero hete aquí que con el espectáculo *La diferencia*, título también de su último lanzamiento discográfico, Pla se ha decidido a mezclarse con él, mirándole fijamente a los ojos, con el impredecible desafío que podría predicarse de un psicópata. Casi nada...

Apenas si rasga ya su guitarra Albert Pla, para acompañarse en lo que cada vez son más declamaciones y menos entonaciones. Y, puestos a la adscripción dramática que se le presume, valdría decir que cultiva la catarsis de Antonin Artaud, pero también la distancia brechtiana. Una actitud mixta que le autoriza a predecir la destrucción del imperio americano, tras los pasos de una colilla aventurera que incendia pozos de petróleo y pentágonos. Y el catalanismo feroz, con licencia de borracho para largar por la lengua.

Y, en fin, lo mejor es dejarse sorprender por este fauno con visos de sátiro, que entiende el amor a primera vista y las bodas canónicas sobre barras de bar. La bruja Lola también hizo su aparición en las noches del Círculo que nos acaba de regalar, sacándole un partido inmenso a los juegos más sencillos de luces y al minimalismo de sus seis cuerdas.

■ **El Coro Nacional de España**, que dirige Mireia Barrera, debutó ayer junto a la Orquesta Filarmonica de Nueva York en el prestigioso Lincoln Center de la Gran Manzana, donde interpretó *La vida breve*, de Manuel de Falla. El Coro actuó bajo la batuta del director emérito de la Orquesta Nacional de España, Rafael Frühbeck de Burgos, según informa Efe.